

# "Alfar" y su Alfarero

La Arquitectura y el trazado urbano estaban en manos del modernismo. Corrían las dos primeras décadas del siglo y de Galicia salía un flujo constante de hombres hacia Latinoamérica.

La Coruña y su puerto se habían convertido en el eje central de la vida económica de la región. Muchos de nuestros países establecieron allí sus consulados y Julio J. Casal, en esa función, representa al nuestro. Nace la Casa América-Galicia, la Asociación Regional Hispano-Americana.

¿Para qué estos datos? Porque son el antecedente material de la revista "ALFAR".

La asociación regional antes nombrada patrocinó el Boletín de Casa América-Galicia que servía a los fines de la asociación sin preocuparse mayormente por cuestiones literarias, más adelante, el boletín cambiará su nombre por el de Revista Casa América-Galicia y a partir del No. 33 aparecerá, con el nombre que más fielmente la representa.

Julio J. Casal, era el Presidente del Consejo Directivo de la asociación y colaborador, como tal, desde el primer número de la publicación; recién en el No. 28, sin embargo, aparece su nombre como director y el de Alfonso Mosquera como redactor-administrador.

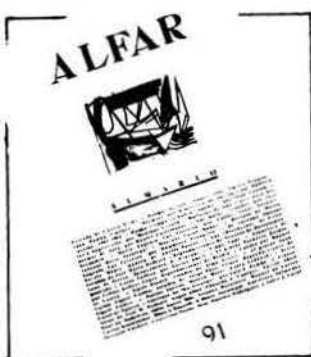
Puede considerarse a "ALFAR" como una revista unitaria desde que la numeración siempre fue la misma, aunque haciendo la salvedad de esas etapas previas ya nombradas. A partir del No. 21, comienzan a percibirse algunos cambios de orientación a su favor. Tímida y lentamente, los artículos literarios asoman la cabeza y caricaturas y retratos aportan en la ilustración; una prosa poética de Gabriela Mistral ("El grito") junto con "El vendedor de naranjas" de Juana de Ibarbourou dan la pauta del cambio. El No. 23 trae cinco fragmentos ultraístas de Montiel Ballesteros; el 25, un anuncio a todo espacio de un libro de poemas de Guillermo de Torre. Se nota la influencia de Casal aún antes de ser su director.

Merece nombrarse el No. 54: en él, Rafael Barradas aparece por primera vez, como representante artístico en París.

No sé cuál era la tirada de "ALFAR" por aquellos años, pero según César Molina, que se preocupó fervientemente de seguirle los pasos a la publicación, esta se ofrecía en las librerías de: Badajoz, San Sebastián, Santiago, Barcelona, Santander, Oviedo, Saragoza, Córdoba, Huesca, Logroño, Valladolid, Málaga, Cádiz, Sevilla, Madrid, Málaga, Valencia, Murcia, y, en el extranjero, en Buenos Aires, La Paz, La Habana, Quito, San Salvador, Santiago de Chile, San José de Costa Rica, Montevideo, París, Roma, Génova, etc., etc., etc. ... y era 1925.

Al pie del ejemplar No. 60, se publicaba una nota que decía: "Por sentirse para el Uruguay Julio J. Casal, se suspende hasta su regreso la publicación de esta revista", y, para el recibo de materiales, se daba una dirección en Montevideo. Sin embargo, un dato curioso. Aparecen en La Coruña el No. 60 y 61 bajo la dirección de González del Valle con un editorial que habla de una nueva etapa en la publicación "después de casi un año de ausencia". Julio J. Casal, desde Montevideo, debió esclarecer sus derechos con respecto a la propiedad de la revista y en los meses de enero-febrero de 1929 reaparece "ALFAR" y con el No. 61, Barradas, que había regresado en 1928 a Montevideo, seguía siendo el director artístico y aún después de su muerte, 12 de febrero, su nombre siguió figurando en dicho cargo hasta el último número simbolizando así la fidelidad perpetua que por su amistad sintiera Casal.

En Montevideo, las dificultades económicas hicieron que la periodicidad de la publicación no fuera fija y basta leer el libro de Ortiz Saralegui



Portada de la última edición de "Alfar".

"Diálogo con Julio Casal" para ver hasta qué punto el sacrificio del director hizo que la revista tuviera tan larga vida.

Pero, ¿qué era "ALFAR"? ¿qué papel pretendía cumplir dentro del marco, cultural de La Coruña?, ¿de Montevideo? ¿y qué es "ALFAR" ahora, qué significa?

"ALFAR" fue una palestra. Fue un aporte cosmopolita al desarrollo artístico y literario del siglo. Fue una antelara para muchos de los futuros "grandes". Fue cuna de vanguardias y síntesis de universalismo. Fue diálogo de mar a mar. Fue refugio a los poetas españoles exiliados y casa abierta para las nuevas generaciones de escritores latinoamericanos. Fue el espacio donde Rafael Alberti, a los 19 años, publicara por primera vez.

Si "ALFAR" pudiera mirarse al trasluz, tendríamos la radiografía de una época. En ella colaboraron los novecentistas Antonio y Manuel Machado, Unamuno, Pío Baroja y Azorín; los ultraístas Gerardo Diego, Guillermo de Torre, Huidobro, y el mismo Borges; André Breton y Paul Eluard, surrealistas; los mejores gallegos: Castelao, Vicente Risco; los catalanes López Picó y Alfons Maseras; Luis Buñuel con una curiosa narración poética y textos precursores del absurdo; Jules Supervielle y Pierre Picou; César Vallejo, Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Onetti, Cunha... Fue ilustrada por Picasso, Juan Gris, Vitorio Macho, Alvaro Cebreiro, Castelao, Barradas, Dalí, Torres García...

Tengo en mis manos el último número de la revista. Aparece, agregada, una página que dice:

"Con las pruebas de este ejemplar en sus manos, cuya aparición se postergó a raíz de un conflicto gráfico, muere repentinamente el 7 de diciembre de 1954, el gran poeta Julio J. Casal. Su "ALFAR" había nacido en lejanos días allá en La Coruña, donde su director era Consul del Uruguay; continuada luego en Montevideo, sigue apareciendo heroicamente, vencedora de todas las dificultades de orden material. "ALFAR" será ahora como el símbolo tenaz de su director, y con él desaparece, porque "ALFAR" y Casal constituyen dos aspectos de una misma alma, y es quizá su obra más viva. La generosidad de Julio J. Casal hizo de ella una hermosa puerta de comunicación de poetas y artistas de todo el mundo, y en especial, de los de hispanoamérica..."

Era el N° 91 del año XXXII de la revista y era 1955. En un nivel de excelencia, a veces se infiltraron advenedizos, el último número, sin embargo, aun cuenta con poemas de Jules Supervielle y Juan Ramón Jiménez; con Jean Cassou; Sabat Frcasty, José Bergamín, Celi-

na Rrolleri, José María Podestá. Y es que Casal tuvo como virtud excepcional la intuición casi siempre certera para saber dónde se hallaba escondido el germen de un futuro buen escritor, de ahí la amplia cabida que siempre dio a los jóvenes artistas y poetas, de ahí la sabiduría que implicaba el hacerlos contemporizar con las generaciones anteriores. La magnitud de "ALFAR" como obra cultural opacó la misma labor poética de su creador. "Regrets", su primer libro, llevaba un soneto de Manuel Machado en forma de prólogo:

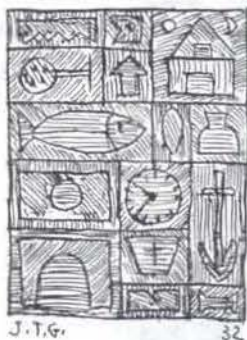
Al público, señor, y a los señores para este libro amor. Tener presente que a la fama y el medro indiferente es el autor. Y todos los autores.

Nunca fueron del vulgo los mejores, ni se triunfó contemporáneamente. Fortuna y gloria, pues, niega el presente; pero nos deja algo mejor: amores.

A este hijo de mi amigo de la mano traigo; dale la tuya sin ninguna violencia, porque un libro es como un niño

tierno, sensible, palpitante, humano. Y pues no pide gloria ni fortuna, únicamente a menester cariño.

Además de los libros apuntados en su cronología, muchos de sus poemas



Una ilustración de Joaquín Torres García en la última edición

aparecieron en "ALFAR" y otras revistas uruguayas. En ellos conviven resabios del romanticismo con algunas valoraciones estéticas propias del modernismo. A veces juega con las metáforas pero muy controladamente. Su poesía es, más que nada, un modo de meditar sobre las cosas comunes del existir, sobre lo efímero de todo. Una poesía que no pretende ser más que lo que es: una reflexión personal.

En este último número de ALFAR y como homenaje a su hacedor, aparece uno de sus mejores poemas, "Ruego":

Ni tú me esperarás. Ni yo he de ir. Estás en lo escondido de tu hiedra de cielo, tan lejano, que hasta tu rostro no podrá la muerte alzarme en su marea.

Condenado a seguir desde la orilla a los que ascienden hasta ti. Mi sombra da su presencia en el movable mundo. Apenas sube en luz. Otra vez sombra.

Tal vez no quieras que yo llegue. El campo aguarda en flor de muertos, mi ternura. Sobre los infinitos lirios echaré mi corazón de hombre. Déjame ser lluvia.

Déjame como niebla ligera por los caminos. Seré danza de estío para la rosa débil, como labio de arroyo para la orilla oscura.

Estarán junto a ti los que amaron la vida y los que la encendieron en heroicos ejos, los que en duro ejercicio moldearon el umbral en el que se echan perros fieles.

Muerto aún amo la tierra. Despertando del pecho de una muerte está mi infancia. Íntimo, hundirme en el enjambre eterno.

Renacer en los ojos de los bueyes. Con el roío mastín ladrar antiguamente a los viajeros que llegan hasta el humo de las chozas.

¿Qué he de hacer yo en tu fiesta de elegidos? Mi corazón es pájaro de agua de tus copiosas venas de la tierra. Piensa en un vuelo más que se ha extraviado; Ni tú me esperarás. Ni yo he de ir. Haz de mi muerte lluvia. Echala al campo".

## El homenaje de La Coruña

Del 16 al 22 de enero próximo pasado, se realizó en La Coruña la semana conmemorativa de la edición facsímil de la revista de arte y literatura "ALFAR".

Al mismo tiempo que era homenajeada la revista y la labor de Julio J. Casal, estos actos (organizados por el Ayuntamiento de la ciudad) sirvieron, según las palabras de el alcalde Francisco Vázquez "Para efectuar un serio ejercicio de reflexión y divulgación pues el ciudadano coruñés pudo asistir y participar junto a primeras figuras de las letras, en importantes mesas redondas que redundarán en un resurgir de la ciudad para que ocupe el papel que le corresponde en el panorama cultural español". Señala también, luego de referirse al oscurantismo padecido durante la dictadura franquista que "ALFAR" "Fue y es todavía un aviso al dirigismo cultural en que se puede caer".

Algunos de los asistentes al homenaje fueron Francisco Ayala, Gonzalo



Julio J. Casal por Barradas.

Torrente Ballester, Mario Benedetti, Domingo García Sabell, César Antonio Molina, Juan Naya, Eduardo Galeano, Camilo José Cela y Rafael Alberti que clausuró los actos pues no se presentó a la apertura por no encontrarse frente a frente con Cela en una actitud que se mantiene luego de que ambos rivalizaran por el premio Cervantes.

La exposición se denominó "ALFAR y su época" y contó con primeras ediciones, varios de los ilustrados gráficos de la época, manuscritos y cartas de los editores y colaboradores, y fotografías que documentaban los años veinte.

Francisco Ayala, colaborador desde los comienzos de "ALFAR" manifestó que "con esta edición facsímil se ha recuperado una parte decisiva en la cultura española e Hispanoamericana de este siglo. Ello permitirá que estudiantes e investigadores conozcan mejor la época." "ALFAR" se merecía el homenaje y este reencuentro marcó la necesidad de hacer de la cultura un instrumento de comunicación entre los pueblos, meta que desde siempre caracterizara la labor de Julio J. Casal que supo hacer de la revista "una plataforma solidaria de corrientes artísticas y literarias dispares, que conjugaron sus peculiaridades en una convivencia que ojalá podamos emular", al decir de F. Vázquez.

Los españoles ven en la empresa, un modo de volver a incorporarse y de formar una unidad auténtica entre los países de habla hispana.

Dijo Mario Benedetti hablando en nombre de los uruguayos "La importancia que para nosotros tiene esta reedición de ALFAR es increíble, porque la importancia de la revista en su época española estaba a medio camino entre el rigor y la amplitud. Por si esto fuera poco, supone además, recuperar a Barradas".

Camilo J. Cela, expresó que "Se nos

ha querido a los gallegos, tratar de indiferentes ante la cultura. La presencia de ustedes demuestra lo contrario y yo me alegro de ello como conués y gallego."

García Sabell, más objetivo, precisó "Las vivencias se resumen ahora en melancolía, al ver nombres importantes que se han venido abajo, una prosa que ahora no se usa, o ideas que no eran sino lugares comunes. Y en la estimulación, al ver cosas que estaban en la revista y conservan ahora toda su vigencia".

Habiendo de aquellos años veinte y de la obra dirigida por Casal, Rafael Alberti clausuró el homenaje: "Quisiera ser optimista con la cultura española y del mundo actual pero estamos en un momento muy grave. El siglo XX es un siglo de desastres, de guerras, y ahora, en Europa, en lugar de trigo se siembran misiles: es una triste cosecha. Como poeta, me siento vinculado a todo ello, no soy un pasota. La cultura es avanzar, es vanguardia, es trincheras y es expresión de este momento. El escritor lo es comprometido cuando tiene sensibilidad para, sin necesidad de hacer propaganda, captar la verdad y expresarla como hizo Dante en la época angustiosa de la Edad Media... Casal no se daba cuenta de la trascendencia enorme que tuvo la revista, porque entonces éramos todos novales. Ahora él estaría emocionado y maravillado de aquella obra."

Lucy Garrido X

## Don Julio y su querida "Alfar"

No ya bueno, como se ha dicho, sino buenazo, fue aquel don Julio J. Casal padre e hijo de aquella bella revista que fue Alfar.

Claro que tan generoso fue que al mismo tiempo alguna vez se le rompió el colador crítico y con el excelente material de la misma se mezclaron sin duda cosas de dudosa calidad estética especialmente en sus últimas épocas.

Muy a menudo, al doblar cualquier esquina de la lenta Montevideo de aquellos benditos tiempos que nos tocó transitar, nos topábamos de pronto, con el rebullido de unos lentos y la luz de una sonrisa y era don Julio extendiéndose en su acogedora mano de siempre.

Considero que Casal no fue un gran poeta como suele decirse, sino nada más y nada menos, que un buen poeta menor, con lo que basta y sobra, creo yo.

Su tesonera fe, su acumulada experiencia, su indomable voluntad y, hasta cierta habilidad "picardía" que le conocimos, sin duda se aunaron para ayudarlo a consumir la hermosa hazaña. Los versos, especialmente hoy, verdaderos desterrados, o casi, de toda publicación, le debieron entonces a "ALFAR", "LA PLUMA" y "LA CRUZ DEL SUR", su eficaz difusión. Las tres contemporáneas y de parecido nivel —luego sobrevivieron largamente "ALFAR"— fueron un verdadero lujo, como se dice aquí, entre nosotros por lo menos.

Creo que en ese rubro constituye realmente nuestra edad de oro. Es de imaginarse el sacrificio vital y material que le habrá costado a este don Julio llevar a cabo y por tan largo lapso esta hoy mítica empresa. El la quiso tanto que hasta solía llamarla mi novia. Me consta que en cierta ocasión e invocando este mismo argumento al pie de la letra, le solicitó una contribución pecuniaria para ayudarlo a mantenerla, a cierto económicamente poderoso señor su amigo y éste le respondió:

—Y bien, amigo, si es su novia como me dice, manténgala. Ud. mismo. ¿Qué caramba!

En fin, hoy y desde aquí, sólo me resta decir: Gracias, don Julio, gracias...

Juan Cunha X

# Las malas verdades

En el último ejemplar de "Alfar" José Bergamín publicaba un artículo titulado "Las malas verdades". Hemos elegido algunos fragmentos de la nota como una forma más de homenajear a esa publicación que hace varias décadas conmovió al mundo cultural iberoamericano.

"...ni hay flaco portillo como la mala verdad."  
Dom-Sem-Tob.

Cuando no hay nada que temer es cuando hay que temerlo todo.

Ser joven es vivir de la esperanza de dejar de serlo. Ser viejo, de la desesperación de no haberlo podido dejar de ser.

—Si eran jóvenes, ¿por qué se suicidaron?

—Pues por eso, porque eran jóvenes; para dejar de serlo. Suicidarse es un acto de impaciencia casi siempre; casi nunca de desesperación.

Cualquiera te puede quitar la vida pero ninguno te puede quitar la muerte. Cuando la muerte es tuya porque la fuiste haciendo tuya, con toda tu vida, de verdad. Si no, te la quitará la vida misma; que esa nunca puede ser tuya. Perder la vida no es ganar la muerte.

Hay muy pocos hombres que cumplan un siglo. Pero tampoco hay muchos siglos que cumplan un hombre. Un siglo es raro para un hombre. Un hombre —lo que se dice un hombre— es raro para un siglo.

La Humanidad —decía un filósofo de la Historia— se ha acostumbrado a contar por siglos. El hombre por minutos. Por eso la Humanidad no cuenta nada y el hombre cuenta todo.

"El ala de la imbecilidad" que sintió Baudelaire pasar sobre su frente, roza con su pico anodante la frente humana de nuestro tiempo. Su aleteo arrebatar nos espanta. Porque, como el poeta, sentimos que nos quiere arrebatar la conciencia. ¡Cuánta mente captada por la estupefaciente caricia impetuosa de su vuelo, por el roce picudo y entontecedor de su aleteo! ¡Cuánta mentecatez terrible!

Una creencia que no deja lugar a dudas, no es una creencia, sino, más bien, una supersticiosa credulidad.

Si no hay arte más que de lo pasado, como pensaba Hegel, y el arte es siempre "sido", como por ello afirma Heidegger, la "posibilidad" que hace la obra de arte duradera ¿será una esperanza permanente de lo venidero o su constante desesperación?

Hay una tradición popular que dice que cuando canta el gallo —el buen gallo, el que canta apenas llegada la media noche— es la hora en que Cristo salió de los infiernos. Es la hora en punto de escuchar, oyéndolo profundamente, algún Nocturno de Chopin. Ninguna música ha descendido tanto hasta los Infiernos de la desesperación humana, con tanta ansiedad, con tanto ahinco, como ésta, tan terrible y conmovedora, de Chopin. Por eso hay en ella, como en el verso byroniano, una inconfundible cojera sospechosa: la del lado derecho; la del pie que apretó, por primera vez, en la música, descubriéndose su apocalipsis infernal, el pedal correspondiente del piano. (Los "virtuosos" lo saben; sobre todo sus intérpretes más infernales —por poco digo canalescos—: desde Rubinstein hasta Iturbi, en nuestro tiempo). Y es que en la música de Chopin, como en la poesía de Byron (Goethe fue el primero que lo notó —en Byron—), se siente cojear al Espíritu desconocido y sin nombre; al misterioso y sospechoso Ángel, o lo que fuera, que luchó toda la noche con Jacob, hasta que amaneció,

y sin decir su nombre, se marchó —dice la Escritura— "cojeando de un anca". La música de Chopin como la poesía de Byron, sabemos que cojea de ese pie arálgico: por eso es tan temible y sublime.

Los que llamamos lenguajes pictóricos o musicales son la expresión que los determina poéticamente, creadoramente, en una ineludible ilusión enmascaradora de su angustia. El espejismo equivocado del Arte, como lo pensaba Leonardo. De un arte inseparable de la vida, y apisionado, como ella, para el hombre, en ese ritmo que la sostiene y la prolonga, más allá de sí misma: ritmo trágico.

Los derechos de la inteligencia son los derechos de la muerte. Tal vez los más sagrados.

¿El rostro humano es la máscara de la muerte porque enmascara una calavera? ¿El rostro vivo de la poesía —en la música, en la pintura, en la palabra— también lo es?

Para poderles quitar la peluca de la cabeza a los hombres del siglo XVIII hubo que quitarles también la cabeza: guillotinarlos. La guillotina fue consecuencia natural y lógica de la peluca.

Hasta cuando Beethoven quiso quitarle la peluca a la música tuvo que quitarle la cabeza, descabezarla, guillotinarla a Bach, Haendel, Haydn, Mozart... La Tercera Sinfonía fue el vendaval que arrastró consigo las pelucas; y no solamente lazos, rizos y cartones empolvados, sino cabezas y razones. El intelectualismo musical vio, más que escuchó, en la música de Beethoven, un espectáculo sangriento, que lo enmudeció musicalmente de espanto.

La música de Beethoven al descubrirse románticamente a sí misma, sin empucados postizos, dejó volar su cabellera al viento: o se la peinó, cuidadosamente descuidada, conforme a la moda romántica del "coup de vent". Ese golpe de viento corre por la música beethoveniana, jugando sus luces y sus sombras sobre la frente abierta —o a veces dolorosamente frunciada— del pensamiento más genial que ha tenido la música.

Nos parece que en la música de Bach, como en la política de Luis XIV, no es la cabeza la que sostiene la peluca sino la peluca la que sostiene la cabeza. Su diferencia salta a los ojos —y al oído— como una retórica cuestión de estilo: de época. Bucle y rizos naturales, de una parte, elevados artificialmente en cúspide babélica; rulos y lazos caracoleantes de empolvados arbescos aconsonantados, en la otra. Aunque en ambas se nos diga con distinto estilo barroco una misma cosa: "el Estado —o la Música— soy yo". Y ninguna de estas dos afirmaciones rotundas, contundentes, absolutas, se hubiese atrevido nunca el hombre a hacerlas —ni a pensarlas, ni a sentirlas— sin peluca.

Nos parece curiosa la coincidencia histórica del racionalismo filosófico y científico con el uso y la moda de las pelucas y su consiguiente culminación con el invento racional, tan filosófico como científico, de la "guillotina". Su simultáneo desenvolvimiento paralelo durante siglo y medio. Desde la decadencia de la preponderancia española en el mundo (otra coincidencia) hacia la mitad del XVII, hasta la revolución francesa y los primeros años del romanticismo.

Lo que ennobleció la "guillotina" frente al "garrote vil" —la horca— no fue el hecho de las nobles cabezas que cortó en su principio, para las que expresamente Monsieur Guillotín la dedicara, sino el manifiesto propósito de quitar la vida sin eludir la efusión de sangre: el significado victimario del sacrificio. El invento moderno de la "silla eléctrica" y su uso en Norteamérica, resulta, en comparación con sus nobles y plebeyos antepasados homicidas, todavía más racional y científico; aunque no nos parezca tal vez tan filosófico. Dime cómo matas, y te diré el modo de vida que prefieres. El aparato que ejecuta mortalmente una razón de Estado simboliza, siniestro, el modo de vida social que la ley de ese Estado prefiere y protege tan racionalmente.

Tal vez lo que mejor nos muestra el estilo social de una época histórica no es el modo de vivir y morir los hombres en ella, sino su manera de matar, de matarse entre sí. En este aspecto, nuestra época podría señalarlos el más infimo nivel moral al que ha podido descender el hombre en su cobardía.

Uno de los aspectos más curiosos y paradójicos de nuestra época es la manera como los llamados juegos de azar y de cálculo pierden su sentido de juego, su sentido lúdico, que dijo Huizinga; como el deporte, al organizarse socialmente, al industrializarse o comercializarse. ¿Qué le queda de jugador al jugador que se profesionaliza? En el estadio, como ante la ruleta o con las cartas de la baraja en la mano, el hombre ha perdido, en nuestro tiempo, el sentido absoluto del juego: porque ha perdido el desinterés y la gracia. Ha descarnado, por decirlo así, su diversión, reduciéndolo al esqueleto constitutivo de su seriedad reglamentaria. Le ha quitado el gusto. Su sabor y saber espiritual.

Se juega como se va a la iglesia o al teatro: sin creer. Y por sí acaso... Pero sin pensar en ese "acaso" al que, como dijo el poeta, ninguna jugada de dados abollará jamás.

La horca, la guillotina y la silla eléctrica, con muy distinto estilo, coinciden en un mismo juego. Tienen una correspondiente expresión de espanto, un mismo gesto atroz de seriedad racionalista, una idéntica mueca patibularia. Trazan un parecido signo sarcástico de interrogación a la historia social de un mundo que el hombre llama de civilización y progreso, como para subrayar y rubricar su autenticidad fraticida, legalizándola por la mano irresponsable del verdugo.

La guerra fría hiela la paz ardiente: helando la sangre en las venas. Mata sin efusión de sangre como la horca y la silla eléctrica.

El crimen no lo comete sólo el criminal —dice Séneca— sino el que se aprovecha de él; o de ellos, del criminal y de su crimen. Parecería entonces que el policía, el fiscal, el juez, el carcelero y el verdugo... Y hasta el abogado y el médico. Y ni que decir tiene el periodista. Todos los que ganan su vida de levantar muertes. En una palabra, que quien lo comete porque lo aprovecha del todo es la sociedad que lo organiza.

"Dejad a los muertos que entierren a los muertos". Dejad a los vivos que maten a los vivos.

"No juzguéis y no seréis juzgados". Pero si no justificáis tampoco seréis justificados.

Las verdades de la razón no son las razones de la verdad. Adivina adivinanza: ¿las malas verdades serán buenas razones o piadosas mentiras?

José Bergamín

X